

La mirada sumergida

PETER WEIR. REALIDADES ALTERNATIVAS



Es probable que usted no sepa que una de sus películas preferidas la ha dirigido Peter Weir. Ese parece ser uno de los estigmas que persiguen al cineasta australiano desde su extraordinario, impactante debut en el largometraje con *Los coches que devoraron París* (1974). A lo largo de cinco décadas, en múltiples ocasiones ha logrado generar un consenso insólito entre público y crítica, con títulos tan reconocibles, exitosos y memorables como *Picnic en Hanging Rock* (1975), *La última ola* (1977), *Gallipoli* (1981), *El año que vivimos peligrosamente* (1982), *La costa de los mosquitos* (1986), *Único testigo* (1985), *El club de los poetas muertos* (1989), *Matrimonio de conveniencia* (1990), *El show de Truman* (1998), *Master and Commander* (2003), etc. Pero por algún motivo difícil de explicar, su estatuto de autor no ha

sido debidamente reconocido, cuando su particular universo y estilo le colocan a la altura de los grandes nombres del cine del último medio siglo, tanto por su etapa australiana como por el modo en que adaptó las reglas (y las grandes producciones) de Hollywood a su mirada y sus intereses.

Filmoteca Española quiere de algún modo colaborar en la solución de este misterioso desconocimiento general alrededor de Peter Weir, acaso motivado por el aparente eclecticismo de su filmografía (que responde a diversos géneros y temáticas), pero que en su fondo guardan una estrechísima relación (e intención) entre ellas. Las tensiones que se producen con la colisión de culturas, el desarrollo de estilemas del cine europeo en filmes de industria que reinventan las convenciones de los géneros, la habilidad para evocar estados oníricos y alucinatorios... los intereses de Weir se complementan unos a los otros para acabar mostrando, en prácticamente todos sus filmes, el modo en que sus criaturas se ven abocadas a transitar por “realidades alternativas” (sea la guerra, una invasión domiciliaria, un estado postraumático, un reality show, un extraño fenómeno climático, la inclemencia del océano, una comunidad Amish, un internado de estudiantes...) para adaptarse, enfrentarse o escapar de ellas.

Las distintas comunidades insulares que ha retratado a lo largo de su filmografía se ofrecen acaso como la esencia misma del cine, esa gran “realidad alternativa” en la que nos sumergimos para intentar entender el mundo. Si los primeros pasos australianos de Weir pueden interpretarse como formas de reflexionar sobre los legados culturales y espectros antropológicos de su nación, en su etapa americana (nunca del todo americana) entendió, como los grandes autores clásicos, que la proyección comercial del cine de género y las estrellas de la interpretación (de Mel Gibson y Harrison Ford a Robin Williams y Jim Carrey) son apenas moldes y catalizadores para volcar discursos de carácter personal. Su inteligencia camina a la par de una sensibilidad poética para la puesta en escena y las narrativas escurridizas y sorprendentes. Incluso en un artificio de comedia romántica absolutamente comercial, Weir encuentra el vehículo para seguir siendo Weir.

Su mirada siempre huyó de los contagios posmodernos y no resulta fácil rastrear el modo en que el cine del pretérito se manifiesta en sus imágenes. De ahí que la “Carta blanca” que ha programado para Filmoteca Española, y que se verá en el Doré simultáneamente con sus películas, nos ofrece extraordinarias pistas sobre las inspiraciones y eclécticos intereses del cineasta. Kurosawa, Eisenstein, Ford, Polanski, Coppola, Wajda, Teshigahara, Hitchcock, Buñuel –de quien presentará para nosotros *El ángel exterminador*– forman parte de esa cosecha de maestros que han alimentado su discreta cinefilia. Alejándose siempre de las soluciones cómodas, Weir conmueve a los espectadores al tiempo que les conduce a zonas incómodas, poco comunes. La evolución de su propia carrera también responde a esta ambición. Llevamos diez años sin una nueva película suya, si bien desde el principio siempre prefirió correr riesgos y esperar a los desafíos que tengan sentido para su obra, en lugar de seguir mansamente las fórmulas y estilos que ya le han funcionado. Un verdadero cineasta. ●